



¿Milpas o chimeneas? La polémica en torno a la industrialización a mediados de siglo

Enrique Rajchenberg *

Perdónenme la risa. Es una buena risa, una carcajada irreprimible de reconocimiento y acaso de nostalgia. ¿De qué? Creo que de la inocencia perdida, de la fe en la industria; el progreso, la felicidad y la historia dándose la mano gracias al desarrollo industrial.

Carlos Fuentes, Los años con Laura Díaz.

Son contadas las ocasiones en que un país conoce un debate intelectual sobre el proyecto de nación. Generalmente, la confrontación de ideas tiene por objeto asuntos menos fundamentales, aunque no es difícil reconocer por lo menos dos debates de gran envergadura en la historia del México moderno. El primero pone en escena a pensadores de la talla de José María Luis Mora, Lucas Alamán, Lorenzo de Zavala y Mariano Otero, entre otros. Más allá de la cuestión arancelaria que ha retenido la atención de muchos investigadores, las líneas divisorias de las posturas atraviesan la valoración de la herencia prehispánica y española, la política asumida frente a la población indígena, la definición de las virtudes y vicios de la estructura social colonial y postcolonial y, sobre todo, el estatuto de la iglesia frente a un estado que se pretende político en una nación recién emancipada de la tutela imperial.

El segundo tiene lugar en el transcurso de la revolución de 1910. Menos conocido que el primero, este debate no tiene como actores principales a hombres letrados, aunque sí los hay pero son los menos. Por tratarse de un foro parlamentario, el único que amerita verdaderamente ese nombre en el siglo XX mexicano hasta fechas recientes, el contenido del debate resulta tan relevante como su forma. Se trata de la Soberana Convención Revolucionaria que sesiona entre fines de 1914 e inicios de 1916 donde se discutirán las formas de propiedad de la tierra, la forma de gobierno, los derechos ciudadanos, los derechos obreros, etcétera. Precedida por la larga dictadura porfirista y a la luz del monopolio gubernamental posterior de la política, la Convención resulta ser un oasis de pluralismo político-ideológico.

La economía registra debates menos recordados o menos celebrados en su ámbito específico. Uno, relativamente cerca de nosotros, es el que sostuvieron Alberto Pani y Eduardo Suárez en torno a lo que el primero denominó el problema supremo de México que, para él, residía en la cuestión monetaria, mientras que para el segundo consistía en el bienestar de la población combinado con una equitativa distribución del ingreso.

El otro, al que me referiré en este artículo, concierne a la vía de desarrollo económico más conveniente a mediados de siglo XX. Expresado sintéticamente, el debate consiste en preguntarse si es la industrialización en un contexto nacional agrario la mejor opción de desarrollo, bienestar social y de afirmación de la soberanía. El motivo del debate es el famoso texto de Frank Tannenbaum, *México. La lucha por la paz y el pan*, publicado en inglés en 1950 y traducido al español poco tiempo después.^[1] Su tesis, crítica de las políticas públicas volcadas al impulso del sector industrial, desata fuertes cuestionamientos por parte de un grupo mayoritariamente compuesto por intelectuales invitados a comentar el libro; no obstante, algunos coinciden con el escritor estadounidense.

El debate se produce en una coyuntura en que si bien el rumbo de la nación está ya trazado, el ambiente político interno es propicio para la confrontación de ideas. En esos años, inicia y concluye la sucesión presidencial al gobierno alemanista, signada por una candidatura opositora importante, la del general Miguel Henríquez.

Como acontece frecuentemente, una tesis política o económica adquiere mayor relevancia en circunstancias diversas a las que le dieron origen. Desde mi punto de vista, la tesis de Tannenbaum y el debate que denominaré "Tannenbaum-intelectuales mexicanos" no escapan a esta regla. En este fin de siglo cobran sentido las utopías, las propuestas, las ideas que concibieron formas diferentes de desarrollo económico y social a la realmente existente. Cuando se vuelve urgente, como hoy día, realizar el diseño de un futuro colectivo que transgreda el presente y su tendencia a eternizarse, es cuando más interesante resulta conocer las encrucijadas político-intelectuales que se presentaron en el pasado y saber qué opciones y opiniones fueron descartadas, porque en las propuestas de los que nos antecieron se encuentran algunas de las claves para transformar el mundo en que vivimos.

El contexto del debate

Una tesis durante largo tiempo sostenida consiste en fechar el inicio de la industria mexicana hacia la década del cuarenta, esto es, a finales del régimen presidencial del general Cárdenas. En esta perspectiva, el Banco de Avío fundado en 1830 para impulsar la industria no sería sino la historia de un estrepitoso fracaso. El régimen porfiriano, a su vez, enfrascado en la defensa de hacendados tan feudales como antiproductivos, no habría tenido el menor interés por desarrollar esta actividad económica. No se trata aquí de desmontar esta antigua convicción historiográfica, sino de referir algunos "descubrimientos" de las investigaciones recientes.

En primer lugar, la experiencia emprendida por Lucas Alamán no fue puro desperdicio. Es sabido que más allá de la quiebra de la institución ideada por el político conservador, algunas empresas prosiguieron su actividad sin el apoyo financiero que marcó su inicio.

En segundo lugar, el proyecto de modernización económica durante el porfiriato dio paso, indirectamente, a una planta industrial donde se combinaron tecnologías de punta con regímenes de trabajo autoritarios. Esta planta industrial que coexistió con talleres artesanales y semimecanizados no fue objeto de una política expresamente diseñada para promoverla. Fue más bien el resultado de una no planeada sustitución de importaciones. Las tarifas arancelarias que seguían siendo una fuente del erario público permitieron el crecimiento de industrias en determinadas regiones del país. El proceso de urbanización, la construcción acelerada de vías férreas que integraron económicamente al territorio y la salarización de la población trabajadora, aun si sus ingresos eran reducidos y ello encogía la demanda efectiva, contribuyeron al mismo resultado. La atención desmesurada concedida a la industria textil, cuyo número de establecimientos rebasaba al de cualquier otra manufactura, oculta a veces la fundación en la misma época de cervecerías, fundidoras, cementeras, fábricas de vidrio y de papel, cigarreras, entre otras.

En tercer lugar, es menester insistir en que esta planta industrial no desaparece con la revolución. En algunos casos, muy contados, cierra sus puertas temporalmente para reabrirlos al término del movimiento armado; en otros, las operaciones disminuyen y registran hacia 1920 el mismo nivel de actividad de 1911.

Estas tres observaciones son indicativas de que la industria no es inventada en 1940, aun si esta fecha posee un significado particular en su proceso de desenvolvimiento.

Los proyectos de desarrollo del estado posrevolucionario se encaminaron fundamentalmente a la apuesta de una economía agrícola moderna, vale decir, a la promoción de la propiedad de tipo empresarial consagrada a los cultivos de exportación o, más generalmente, comerciales.^[2] El éxito de este sector requería de una infraestructura en obras de riego y de comunicación que serían emprendidas por el estado. De este modo, la política de fomento agrícola alentó indirectamente las ramas de bienes intermedios de la industria manufacturera.

La crisis de 1929, aun si no entrañó un viraje completo en la política de desarrollo, puso en cuestión la apuesta a un crecimiento económico fincado en la inserción en el mercado mundial mediante la exportación de bienes de origen primario. La contracción de la demanda internacional probó la vulnerabilidad de la economía mexicana, así como la necesidad de revisar las bases de sustentación del crecimiento. No obstante la debilidad de las políticas de fomento explícito a la industria, lo cierto es que ésta creció sobre todo por efecto de la escasez de divisas y de la consiguiente restricción en la

importación de bienes de origen industrial. El aumento de los niveles salariales durante el cardenismo permitió, a su vez, incrementar la demanda efectiva.

La segunda guerra mundial no haría sino ratificar la tendencia apuntada, alentada por lo demás por la demanda de bienes industriales por la economía estadounidense enfrascada en el esfuerzo bélico y en la movilización militar de su población masculina adulta.

Finalizada la guerra y agotado el acicate de una demanda externa dinámica, el gobierno mexicano promueve una panoplia de medidas tendientes a favorecer la industria, entre las que destaca la exención de impuestos a las nuevas industrias, pero que se hará extensiva a la actividad en su conjunto. El término de la guerra representa la consolidación de Estados Unidos como potencia hegemónica mundial. Su estrategia de dominio quedará de manifiesto en la reunión organizada en la ciudad de México en abril de 1945 a la que asisten delegados de todos los países latinoamericanos. Estados Unidos presenta una propuesta de liberalización comercial y financiera que implica la anulación de los esquemas proteccionistas adoptados por los gobiernos del subcontinente.^[3]

La nueva generación de industriales,^[4] forjada al calor de la crisis de 1929 y la coyuntura bélica, se opone a la propuesta estadounidense y logra tejer un bloque opositor latinoamericano, mismo que posibilita el mantenimiento de las barreras arancelarias, condición *sine qua non* de su supervivencia. A partir de ese momento, el discurso dominante en México identificará soberanía nacional y desarrollo económico con industrialización. La fuerza del axioma será tal que constituirá la sociodicea del régimen político: la revolución se hace industrialización.

Todo proceso de industrialización implica en sus primeras fases una acumulación de capital de tal magnitud que se debe realizar a costa de ciertos grupos sociales. El discurso del poder la legitima invocando un orden sacrificial en que los hombres ofrendan la posposición de sus necesidades y de sus deseos en beneficio de valores y metas trascendentales y, consiguientemente, abstractos. En otras palabras, la decisión política se vuelve fatalidad revestida de virtud.

Desde perspectivas diferentes, hay un acuerdo teórico acerca de la inevitabilidad de la violencia implícita en el proceso de industrialización. Desde Lenin y su polémica con el romanticismo económico y los populistas rusos - sobre la cual volveremos más tarde- hasta Barrington Moore Jr., se afirma que una sociedad no puede ahorrarse el trance doloroso del sacrificio para alcanzar la industrialización.

Pero ¿quiénes tenían que pagar la cuota en México? Desde la época del gobierno de Calles, así como hasta hoy se sigue repitiendo, fue proclamado el fin de una reforma agraria que había conocido apenas unos balbuceos desde el 6 de enero de 1915. Sin embargo, la reforma agraria legal era un pálido reflejo de la reforma agraria por la vía de los hechos: los campesinos no esperaron la promoción jurídica de sus peticiones de dotación y restitución de tierras para

ocuparlas. Frecuentemente, esta ocupación se llevó a cabo con armas en mano.

Inútil resulta reiterar aquí el salto cuantitativo que dio el reparto agrario durante el cardenismo. La contabilidad de hectáreas repartidas no es suficiente para dar cuenta del proceso en su conjunto. Deben ser destacados, por una parte, el otorgamiento de créditos al ejido mediante el Banco de Crédito Ejidal y, por otra, el tipo de propiedad privada de la tierra repartida entre campesinos. No se trata solamente de terrenos nacionales o de haciendas improductivas y señoriales, sino también de empresas agrícolas capitalistas que, tras el reparto agrario, devienen ejidos colectivos. Aun si la industria no decae durante el cardenismo,^[5] lo cierto es que el sector campesino de la agricultura será centro de gravitación de la política de desarrollo económico y bienestar social. La reforma agraria del cardenismo trastoca, de este modo, la intencionalidad del reparto agrario tal como había sido concebido por los revolucionarios maderistas, carrancistas o callistas, consistente en otorgar pequeños lotes "como medio de complementar el salario del jornalero" (discurso de Luis Cabrera pronunciado en la Cámara de Diputados el 3 de diciembre de 1912, citado por Molina Enríquez, 1976:461).^[6]

En muchas ocasiones, la tierra recién repartida cambia de uso, así como ya se había verificado desde 1911 en Morelos cuando las haciendas azucareras se habían convertido en campos maiceros. Se abandonan los cultivos más comerciales y se siembran los tradicionales maíz, chile y frijol. Como lo han apuntado varios estudiosos, probablemente es durante el cardenismo que la gente del campo se alimenta mejor que nunca en la historia del México independiente y colonial.

Volvamos a la pregunta que acabamos de formular: ¿sobre la espalda de quiénes recae el costo de la industrialización? El viraje de 1940 aunque ha sido exagerado representa una fecha significativa porque marca el inicio de una política, acentuada a partir de la gestión alemanista, volcada a la industrialización que le exige al campo alimentos baratos para la población urbana, divisas para poder adquirir bienes de capital en el mercado mundial y, por último, materias primas para el sector manufacturero.

El fin del ejido colectivo, el amparo agrario, la protección al empresario agrícola, el deterioro de los términos del intercambio campo-ciudad y la depauperación progresiva de los campesinos inician un ciclo que llevará a fines del sesenta a reconocer la presencia de una crisis de la agricultura mexicana, mejor dicho, de la economía campesina.^[7] Los signos premonitorios de esta crisis están presentes desde 1940. En efecto, entre 1940 y 1952, la superficie cosechada dedicada a alimentos, a exportaciones y a materias primas para la industria pasa del índice 100 en 1940 a 127, 231 y 251, respectivamente. También en el mismo periodo, los créditos otorgados por el Banco de Crédito Ejidal crecen en 24.5 por ciento, mientras que los dispensados por el Banco de Crédito Agrícola y la banca privada, orientados a la propiedad agropecuaria privada, aumentan en 800 y 100 por ciento (De la Peña y Morales, 1989).

Pero hay un sacrificio más. Los mismos trabajadores industriales verán en el lapso de una docena de años disminuir el salario real en más de 50 por ciento,^[8] decremento que sólo es posible sin grandes perturbaciones sociales gracias a la casi simultánea corporativización de las organizaciones obreras.

Llega el año 1951, cuando ya casi nadie cuestiona el rumbo que ha tomado el país desde 1940. Varios intelectuales decretan desde esa fecha el fin, la muerte y el entierro de la revolución: el programa y las causas del movimiento de 1910, dicen, han sido traicionados u olvidados. En este orden de consignas, se ubica el henriquismo cuya lucha consiste, entre otros factores, en retomar la marcha de la reforma agraria, en impulsar la producción de alimentos, poniendo fin a la política de precios bajos a los productos del campo, y en la construcción de obras de riego para los "verdaderos campesinos y no a unos cuantos privilegiados del régimen" (Pellicer de Brody y Reyna, 1978:52). Sin embargo, el ideario henriquista no concede mucha atención al sector industrial.^[9]

En este contexto, surge una voz discordante, la de Frank Tannenbaum.

Tannenbaum: el crítico incómodo

Hace unos años, Alan Knight (1988) clasificó a los estudiosos e intérpretes de la revolución por generaciones tratando de demostrar la unidad interna de interpretación y perspectiva teórica de cada una. La primera es la de los participantes-comentaristas de la revolución, entre los que se encuentran Silva-Herzog, Fabela, Bulnes, Vera Estañol, cada uno con posturas políticas diversas. También se ubican en la cohorte inaugural los estadounidenses Ernest Gruening y Frank Tannenbaum, *bête noire* de los revisionistas actuales, agregó Knight. En efecto, su insistencia en el carácter profundamente popular y agrario de la revolución irrita a quienes desplazan la centralidad actoral del movimiento armado a las clases medias urbanas y rurales.

Aunque hoy día se hace referencia a la obra de Tannenbaum como interpretación rebasada del estudio de la historia de la revolución, en verdad él no era historiador. Aun así, la clave de comprensión de su lectura de la revolución y de su mirada crítica al México de mediados de siglo no radica en su formación académica sino en su actuación política previa al primer viaje a México. Es gracias al recuento de algunos datos biográficos de Tannenbaum realizado por Charles Hale (1995) que disponemos de más elementos para comprender su obra.

Vale la pena detenerse en algunos aspectos de su vida. En 1913, a los veinte años, ingresa a la Industrial Workers of the World (IWW). El inmigrante de origen austriaco asiste en Nueva York a las clases nocturnas de la Escuela Moderna Ferrer, cuyo método pedagógico y filosófico fue adoptado por la Casa del Obrero Mundial en México. Asimismo, frecuenta las oficinas de *Mother Earth*, periódico anarquista, donde conoce a Emma Goldman y a Alexander Berkman (Hale, 1995:216-17). Aunque Hale no establece relación entre este encuentro y el posterior interés de Tannenbaum por México, seguramente este

contacto está teñido por el debate acerca de los acontecimientos revolucionarios al sur del Bravo. *Mother Earth* fue uno de los núcleos de apoyo del magonismo en Estados Unidos. A través del periódico y de la Escuela Ferrer, Tannenbaum conoce el pensamiento del "santo patrón" del anarquismo, Kropotkin y su "hostilidad hacia el estado", "su ataque al efecto corrosivo del moderno industrialismo sobre la dignidad humana y su búsqueda de una comunidad autónoma y ética" (Hale, 1995: 219). Estos temas, como veremos, estarán presentes en su interpretación de la revolución mexicana.

Entre su militancia anarquista que lo lleva a la cárcel y su primer viaje a México, hay otros hechos biográficos como sus estudios universitarios en la Brookings Institution, su paradójica afiliación a la American Federation of Labour (AFL), la central que más enérgicamente combatió a los anarquistas de dentro y fuera de Estados Unidos y que también más apoyó desde fuera a la CROM de Morones. Escribe textos sobre la reforma carcelaria en Estados Unidos donde, como advierte Hale, aparece una idea clave de su interpretación posterior de la revolución: la organización de la sociedad en torno a la comunidad autogobernada.

Es en 1929 cuando publica *La revolución agraria de México* y cuatro años después *Peace by Revolution*. La influencia de la visión anarquista de la revolución que Tannenbaum conoció durante sus primeros años de militancia resulta obvia. "La revolución mexicana fue anónima", dice en *Peace by Revolution*. "Fue esencialmente el trabajo del pueblo común. Ningún partido organizado presidió su nacimiento. Ningún intelectual prescribió su programa ni formuló su doctrina, ni señaló sus objetivos." Compárese con un texto escrito en 1912, en los años de militancia de Tannenbaum cercana a *Mother Earth*, por William Owen, un anarquista estadounidense: "Estos levantamientos independientes son la mejor de todas las pruebas de que la revolución es espontánea; no proyectada por algún hombre o grupo de hombres, pero sí surgida naturalmente de las intolerables condiciones económicas prevalecientes" (citado por Torres Parés, 1990:168).

La fuerza de las comunidades campesinas que Tannenbaum percibió en la década del veinte y treinta correspondía a la imagen de una sociedad que albergaba los valores morales que el industrialismo había desplazado o destruido y que había que recrear incluso en las naciones industriales. Por ello, si tal era el proyecto político ideal de Tannenbaum, la reforma agraria no podía sino cumplir esas expectativas: "México estará caracterizado por miles de pequeñas comunidades poseedoras de sus tierras bajo un régimen semicomunal con una escuela en el centro y con una base para un gobierno democrático que descansa sobre una comunidad unificada" (1933:281).

Es en 1950, diez años después del término del régimen presidencial de Cárdenas, que Tannenbaum escribe *México. La lucha por la paz y el pan*, un largo repaso de la historia del país. Su capítulo XIII, "Las condiciones del progreso económico", nos interesa en este momento.

Industrialización: ¿ser o no ser?

Tannenbaum inicia la sección consagrada a las perspectivas del desarrollo económico presentando lo que, a su juicio, resultan ser metas incompatibles: una rápida acumulación de capital y "un alto grado de seguridad social y equidad económica" (p. 123).^[10] Los casos pioneros incluso semitardíos de industrialización demuestran que ésta se realizó a costa del bienestar de la población.

En México, prosigue Tannenbaum, la industrialización se realiza gracias a una alta protección arancelaria que eleva los precios y, consiguientemente, restringe la ampliación del mercado interno. En otras palabras, la industrialización opera en beneficio del mundo urbano: "La población urbana se halla en posición de absorber cualquier ganancia adicional obtenida por el nuevo industrialismo, dejando a la población rural tan pobre como era antes, en términos de ingreso real, cuando no más pobre" (p. 124).

La industrialización en un país como México requiere del apoyo gubernamental, el que, a su vez, amplía las atribuciones de la burocracia. Empero, las necesidades de financiamiento del desarrollo industrial rebasan la capacidad de ahorro interno y parece difícil encontrar líneas de crédito internacional. Por ello, dice nuestro autor, "el gobierno mexicano tendrá que arbitrar un programa alternativo, más en consonancia con las realidades mexicanas; un programa que pueda llevarse a cabo con mayor libertad y menor dependencia que la exigida por préstamos e inversiones extranjeras" (p. 132). Tannenbaum estima entre 11 y 12 mil millones de pesos el monto necesario para iniciar un programa de industrialización en México. Esta cantidad representa, en 1950, el producto de la industria manufacturera, del petróleo, la minería y los transportes, vale decir, equivale a 30 por ciento del PIB de aquel año.

Anticipándose a los comentarios críticos y lapidarios que su propuesta suscitará entre los economistas mexicanos, Tannenbaum aconseja voltear a ver experiencias como la de Suiza y Dinamarca y menos a Estados Unidos: hay que encontrar la solución "sobre una base local, parroquial, en miles de pequeñas comunidades adaptando a ellas todo cuanto la ciencia y la técnica moderna pueden ofrecer para que puedan satisfacer las necesidades de una pequeña colectividad" (p. 132).

Reaparece así la centralidad de la comunidad campesina en la obra de Tannenbaum. Ésta no puede ser el receptáculo de los bienes producidos por una industria manufacturera ineficiente y que opera con altos costos. "Nada se consigue destruyendo la comunidad rural mexicana. Es la cosa mejor que México posee: allí está su fortaleza y su resistencia" (idem).

Aparentemente, se perfila una postura antindustrialista que Tannenbaum descarta inmediatamente. No se trata de rechazar cualquier proyecto industrializador, sino solamente aquel que no duda en calificar como un sueño. En vez de lanzarse a la construcción de grandes obras hidráulicas, recomienda crear por ejemplo cientos de estanques; procurar el uso de energía

hidroeléctrica con base en pequeñas plantas o el empleo del molino de viento eléctrico, etcétera. Hay que, dice posteriormente, adaptar las innovaciones científico-tecnológicas a las dimensiones de la unidad básica del tejido social mexicano: la comunidad rural. La empresa vasconceliana se reedita: "Deberían dedicarse a esta tarea como los misioneros de pasados tiempos" (p. 133) diez a veinte mil muchachos y muchachas entrenados en artes locales, técnicas sencillas y conocimientos científicos. Así, el proceso de desarrollo económico invertiría las prioridades: la industria sería un suplemento de la economía agrícola y no al revés, como sucedía efectivamente en aquellos años alemanistas. Por ello, advierte, "cualquier plan que destruya la vitalidad de la comunidad rural mexicana tendrá trágicas consecuencias y repetirá el caso de los tugurios de la primera época industrialista" (idem).

El debate

Como ya dijimos, la ecuación industria=crecimiento y progreso campea no sólo en la retórica oficial, sino que es el horizonte axiomático que alimenta la conciencia general de la época. Los intentos de liberalización comercial y financiera de Estados Unidos conducen asimismo a identificar a todo aquel que ose cuestionar el proceso industrializador con las maniobras del imperialismo y a éste con la marcha atrás de dicho proceso. Los comentarios que un grupo de intelectuales hace a Tannenbaum no escapan a este marco. Para Alonso Aguilar, la industrialización es una necesidad de defensa contra "un imperialismo tan agresivo como el estadounidense" (p. 178). Pablo González Casanova señala que "la idea de industrializar a México, si no siempre ha topado con una oposición mexicana, siempre ha engendrado la enemistad de los grandes países productores. Se ve en fin, que poseer una industria propia es un tema permanente de México, país pobre que anhela ser independiente en lo económico desde su nacimiento" (p. 166).

Tannenbaum había destacado las costumbres y hábitos preindustriales de la población trabajadora mexicana y el serio escollo que éstos representaban para la consolidación industrial del país. Esta observación que puede ser emparentada con un psicologismo reduccionista de la complejidad de los procesos de desarrollo económico puede ser entendida desde otra perspectiva, en absoluto peyorativa, como la investigada por Edward Thompson en su estudio sobre la clase obrera inglesa. En efecto, los "hábitos y costumbres" preindustriales o, mejor aún, agrarios, no son un signo de atavismo, de mentalidad anclada en el pasado, sino que constituyen un capital de resistencia a la destrucción de modos de vida y su sustitución por otro que no forzosamente es mejor.

Sin embargo, Tannenbaum es fustigado duramente. "Tannenbaum", dirá Eli de Gortari, "pone al descubierto la mentalidad imperialista [...]. Un fascista no tendría nada que agregar a esta concepción del mundo, según la cual ciertos países -o, más bien, sólo uno de ellos- están naturalmente destinados a desarrollarse en todos sentidos, en tanto que los demás deben conformarse a desempeñar el papel de siervos miserables y sumisos" (p. 172).

La tesis acerca de la incompatibilidad entre una rápida acumulación de capital y cuotas crecientes de bienestar social enunciada por Tannenbaum también es impugnada. Eduardo Facha, menos beligerante que otros comentaristas, considera que no hay tal contradicción: la acumulación de capital se debe subordinar, como de hecho sucedía, al pago de un salario justo. Guillermo Noriega insiste en la nula historicidad de la argumentación de Tannenbaum. Ciertamente, dice, en Gran Bretaña y en Estados Unidos, los salarios, la salud obrera, las demandas de igualdad social, etcétera, se habían subordinado a la industrialización, pero desde entonces las condiciones han cambiado. Por su parte, Alonso Aguilar reclama que lo sucedido dos siglos antes no tiene por qué repetirse. Más aún, "los pueblos", afirma, "no aceptan industrializarse 'a la inglesa'" (p. 180).

El programa alternativo diseñado por Tannenbaum es rechazado tajantemente. La revigorización de la comunidad rural es interpretada como una propuesta de eternizar a México como proveedor de materias primas e importador de los bienes manufacturados por Estados Unidos. Mientras Alonso Aguilar considera que la propuesta de Tannenbaum equivale a "volver atrás históricamente" (p. 182), Pablo González Casanova la define como "bucólica y extravagante" (p. 169).

No todos los comentarios a Tannenbaum son lapidarios. Habrá quienes expresan críticas impugnadoras compensándolas con un acuerdo parcial. Daniel Cosío Villegas se adelanta a los duros golpes infligidos por los demás comentaristas porque, dice, uno de los rasgos del mexicano consiste en el monopolio del "derecho de hablar mal del país" (p. 157). En términos generales, Cosío Villegas coincide con Tannenbaum en su crítica al proyecto industrializador del gobierno. Matiza la identidad entre bienestar material general y progreso industrial. Con su estilo mordaz, don Daniel revela la intención de Antonio Carrillo, miembro del gabinete económico, de convertirse en el Juárez económico, no obstante no puede aspirar sino a ser el Juárez industrial. Más contundente aún que el cauteloso Tannenbaum, Cosío Villegas afirma que "México no sobresaldrá económicamente en nada" (p. 158). En vez de pretender ser una nación industrial, México debe ser un tercio agrícola, un tercio industrial y el resto minero.

Empero, don Daniel discrepa en la evaluación que Tannenbaum hace de Lázaro Cárdenas, a quien aquél reconoce su afán de conocer el país pero que califica como "una mente primitiva, incapaz de elevarse al plano de las ideas generales" (p. 159). Acepta, por una parte, la recomendación de Tannenbaum que él sintetiza como filosofía de lo pequeño y, por otra, la apreciación de que la fortaleza de México reside en su comunidad rural. No obstante, se aparta de la significación que Tannenbaum le otorga. Por un lado, don Daniel ve en la comunidad rural un espacio de atraso, incapaz de salir de él si no es por la labor redentora de la civilización y la cultura de la que ella carece. Por otro, su receta de conservación de la comunidad se sitúa en un terreno diferente: "Para conservarla y mejorarla, será necesario que [la comunidad rural] se disgregue parcialmente yendo a dar a la urbe" (p. 161).

El debate: cincuenta años después

La reseña del debate en torno a la industrialización de mediados de siglo no puede tener como único objeto el de afianzar nuestro conocimiento del pasado, sino sobre todo el de ampliar nuestra memoria histórica, dos planos complementarios pero que deben diferenciarse. El primero puede agotarse en un conocimiento erudito; el segundo es el que nos proporciona una herramienta de comprensión del presente y, consiguientemente, de construcción del futuro. Entonces, debemos justificar por qué el debate Tannenbaum-intelectuales mexicanos posee actualidad en este fin de siglo mexicano, tal vez mayor a la que tuvo en la década del cincuenta.

En efecto, en los primeros años del cincuenta, el proceso industrializador era irreversible bajo los cánones delineados por la política gubernamental y en detrimento de la agricultura campesina. La conferencia de 1945 que había concluido con la conservación de las barreras arancelarias en los países latinoamericanos llevó a Estados Unidos a una estrategia ya ensayada previamente pero que se acentuaría a partir de ese momento. Se trataba de la inversión extranjera directa en la industria manufacturera, situándose en sus sectores más dinámicos y rentables.^[11] Esta tendencia se fortalecerá en los siguientes decenios para configurar lo que José Luis Ceceña llamará "El imperio del dólar".

Entonces, ¿la propuesta de Tannenbaum de un programa alternativo centrado en la comunidad rural era utópica? Sí lo era y desde varios puntos de vista.

En primer término, su concepción de la comunidad rural no sólo era utópica, sino incluso inocente. La imagen que construye de ésta es bucólica; corresponde a la de una totalidad fuertemente cohesionada, donde los valores morales son compartidos por todos y cada uno de sus miembros. Se disuelven de este modo las profundas contradicciones que la sacuden, las relaciones políticas asimétricas, los cacicazgos expoliadores y represivos. A cambio, ofrece la visión de una comunidad moralmente sólida y de un mundo urbano corrupto y que corrompe a quien se le acerca. Así, por ejemplo, para referirse al periodo comprendido entre 1928 y 1934, Tannenbaum hablará de "años degradados y sombríos" gobernados por gentes nuevas que "habían abandonado sus pueblos de origen". "Habían llegado a la gran ciudad con sus botas manchadas de barro y sus rostros sin afeitar [...] donde les era ofrecido cuanto deseaban, a cambio de un favor, de una firma, de un gesto, de una palabra" (p. 44). Estos hombres eran los hacendados de la revolución. Sin embargo, aquellos que "permanecieron en el campo, en los pueblos pequeños, pegados a las gentes y a las tierras, pudieron escapar a la ruina moral que cayó sobre los jefes triunfantes" (p. 45).

En segundo lugar, resultaba utópico contravenir a mediados de siglo los procesos económicos impulsados por Estados Unidos y donde, consecuentemente, se hallaban involucrados poderosos intereses monopólicos.

En tercer lugar, la propuesta de Tannenbaum era utópica también desde un punto de vista político. Me quiero detener en este último punto porque atañe a una discusión más antigua que la que estoy reseñando.

La utopía no significa sólo ni principalmente pensamiento ilusorio. La fecundidad de la utopía consiste en su transgresión de lo realmente existente, de lo probable y de lo posible. La utopía se ubica, por ende, en las antípodas de la realpolitik. Frente a la convicción compartida por las élites económicas e intelectuales de la inexorabilidad de la industrialización, el enunciado de una alternativa que contraviene lo que parece ser inevitable, necesario y virtuoso resulta ser una utopía.

La utopía de Tannenbaum está emparentada con las tesis del populismo y del romanticismo rusos, corrientes de pensamiento opuestas al desarrollo capitalista y a la destrucción de las comunidades rurales. Lenin sostuvo una ditirámica polémica con ellas. Para el revolucionario ruso, el capitalismo representa una forma superior de organización social (Lenin, 1974) así como "el lado progresista que el gran capital industrial aporta a la contradicción campo-ciudad" (Lenin, 1974:164-5), puesto que:

Si la ciudad se coloca inevitablemente en una situación de privilegio, dejando al campo en estado de sometimiento, de aplastamiento, sin desarrollo e inerme, sólo la afluencia de la población rural hacia las ciudades, sólo la mezcla y la fusión de las poblaciones agrícola y no-agrícola, puede sacar a la población rural de su impotencia (Lenin, 1974:165).

Lenin consideraba, pues, que si de esta contradicción y de su agudización se aproximaba más la posibilidad de trascender al capitalismo, la oposición a la desaparición de la comuna rural equivalía a adoptar una postura reaccionaria.

El fatalismo leninista había sido contradicho por el propio Marx en la famosa respuesta a Vera Zasulich en 1881.^[12] Éste contestó que existía la posibilidad teórica de que la comuna obtuviera los frutos tecnológicos del capitalismo sin asumir sus relaciones de producción: "La actual propiedad común de la tierra de Rusia puede servir de punto de partida para un desarrollo comunista" (p. 236).

En los años cincuenta, Tannenbaum había abandonado sus ideales anarquistas de transformación social, pero seguía insistiendo en la posibilidad de otra vía de desarrollo económico, de un desarrollo que no tuviera como condición la muerte del campesinado ni un reforzamiento de la dependencia financiera y tecnológica. Los industrialistas de aquellos años pensaron que dicha dependencia se reduciría con los avances industrializadores. Medio siglo después, México mantiene relaciones económicas más y más subordinadas con el llamado primer mundo. La sustitución de la importación de un producto necesitó en los años cuarenta de la importación de mayor cantidad de insumos y de bienes de capital hasta que, se pensaba, se alcanzara la satisfacción interna de esa demanda. Ese momento nunca llegó; ni en los cuarenta ni en los noventa (De la Peña y Morales, 1989).

La industrialización de México prosiguió su camino, pero la comunidad campesina sobrevivió, no desapareció. Demostró poseer un capital de resistencia insospechado y, por tanto, una capacidad de transformación y de adaptación enorme a contextos adversos. Exhausta, miserable muchas veces, aunque productora de imaginarios sociales y de proyectos político-económicos, reaparece en el inicio del nuevo milenio cuando más estamos persuadidos de que el patrón de desarrollo iniciado a finales del siglo XIX y reforzado a mediados de éste nos conduce a un callejón sin salida donde nos topamos con cuotas cada vez más altas de exclusión, con un desgarramiento del tejido societal, con una catástrofe ecológica, en síntesis, con una crisis civilizatoria.

A la luz de la necesidad de trastocar las relaciones del hombre con la naturaleza, de aprender a convivir y no sólo coexistir,^[13] la insistencia de Tannenbaum en las relaciones cara a cara, en la comunidad moralmente coherente y "sólida en su resistencia a la impersonalidad de la gran industria" (Hale: 246) posee una enorme vigencia.

Ahora el argumento de Tannenbaum es más convincente que hace medio siglo. Por la misma razón, Tannenbaum, como ha dicho atinadamente Alan Knight, debe dejar de ser la cabeza de turco del revisionismo histórico y sería justo expresarle menos resentimiento edípico y más respeto confuciano.

Para citar la versión impresa de este documento:

Rajchenberg, E. ¿Milpas o chimeneas? La polémica en torno a la industrialización a mediados de siglo, *Chiapas*, núm. 10, México: IIEc, UNAM-Ediciones ERA, 2000, pp. 159-174. ISBN: 968-411-494-X.

Bibliografía

De la Peña, Sergio y Marcel Morales, "El agrarismo y la industrialización de México. 1940-1950", en *Historia de la cuestión agraria mexicana*, 9 vols., Siglo XXI-CEHAM, México, 1989, tomo 6.

Haber, Stephen, *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México, 1890-1940*, Alianza Editorial, México, 1992.

Hale, Charles, "Frank Tannenbaum and the Mexican Revolution", en *Hispanic American Historical Review*, 75:2, Duke University Press, 1995.

Knight, Alan, "Interpreting the Mexican Revolution", en *Texas Papers on Mexico*, Institute of Latin American Studies, University of Texas at Austin, 1988.

Krauze, Enrique, "La reconstrucción económica. 1924-1928", en *Historia de la revolución mexicana*, El Colegio de México, México, 1981.

- Lenin, V. I., "Sobre el problema de los mercados", *Escritos económicos (1893-1899)*, Siglo XXI, Madrid, 1974.
- Maguire, John M., *Marx y su teoría de la política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- Molina Enríquez, Andrés, *La revolución agraria en México*, Ediciones de la Liga de Economistas Revolucionarios de la República Mexicana, México, 1976.
- Mosk, Sanford, "La revolución industrial en México", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. 3, n. 2, 1951.
- Ortiz Mena, Raúl et al., *El desarrollo económico de México y su capacidad para absorber capital del exterior*, Nafinsa, México, 1953.
- Pani, Alberto, *La política hacendaria y la revolución*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público-Editorial Cultura, México, 1926.
- Pascoe, Ricardo y Jeffrey Bortz, "Salario obrero y acumulación de capital en México", en *Coyoacán*, n. 2, El Caballito, México, 1978.
- Pellicer de Brody, Olga y José Luis Reyna, "El afianzamiento de la estabilidad política", en Luis González (coords.), *Historia de la revolución mexicana*, El Colegio de México, México, 1978.
- Tannenbaum, Frank, *Peace by Revolution*, Columbia University Press, 1933.
- Thompson, Edward Palmer, "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial", en *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1989.
- Torres Parés, Javier, *La revolución sin frontera. El Partido Liberal Mexicano y las relaciones entre el movimiento obrero en México y el de Estados Unidos 1900-1923*, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM-Ediciones y Distribuciones Hispánicas, México, 1990.
- Wilkie, James W., *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change Since 1910*, University of California Press, 1967.
-

Notas:

- [*] Agradezco la valiosa colaboración de Marcos López Miguel.
- [1] *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. 3, n. 4, 1951. [Para la edición original en inglés, véase *México: The Struggle for Peace and Bread*, Alfred A. K. Knopf, Nueva York, 1950.]
- [2] "La irrigación y la apertura de nuevas tierras de cultivo es otro capítulo, quizá el que mejor resume el proyecto de país que soñaban Calles y sus técnicos: tierras feraces como las pampas argentinas, cultivos comerciales, exportación y colonias de farmers mexicanos beneficiados por la irrigación" (Krauze, 1981:22).
- [3] Ver Sanford Mosk, 1951.

- [4] La denomino nueva para distinguirla de la para aquel entonces antigua oligarquía porfiriana. Las diferencias entre una y otra no eran sólo ni principalmente generacionales. Mientras que la primera dependía fuertemente del proteccionismo arancelario y del subsidio fiscal, poseía unidades productivas más pequeñas y una cartera de inversiones totalmente concentrada en la industria manufacturera, la segunda era más autónoma de la política gubernamental, contaba con fábricas de gran tamaño e inversiones en muy diversos sectores.
- [5] Muy al contrario, los grandes consorcios industriales reciben utilidades mayores a las percibidas durante el porfiriato. Ver Haber, 1992.
- [6] Por su parte, Alberto Pani pensaba que "la repartición de la propiedad raíz entre el mayor número posible de gentes" era el medio para la formación de una clase media, pieza clave para alcanzar "el reinado de la armonía en la sociedad" (Pani, 1926:58).
- [7] "La dicotomía de la agricultura, se decía, era entre producir bienes para uso interno de la industria, o tropicales para la exportación, pero lo que estaba claro es que no habría lugar para la producción campesina de autosuficiencia" (De la Peña y Morales, 1989:232).
- [8] En 1950, el salario obrero del Distrito Federal lleva acumulado un deterioro de 60 por ciento con respecto a 1939. Ver Pascoe y Bortz, 1978, y Wilkie, 1967.
- [9] A pesar de la participación activa en el movimiento opositor de varios funcionarios y miembros prominentes de la clase política del régimen de Cárdenas, éste no se involucra, aunque, según algunos historiadores, sí lo hacen doña Amalia Solórzano y su hijo Cuauhtémoc.
- [10] En lo sucesivo, los números de página corresponden a la edición en español, citada más arriba, de *México. La lucha por la paz y el pan*.
- [11] "Durante la guerra y la posguerra la industria se ha convertido en el campo principal de la nueva inversión extranjera directa en México." En 1939 y 1940, las inversiones extranjeras en la industria representaban 30 por ciento de la inversión extranjera total; en 1941-1944, 36 por ciento y en 1945-1949, 59 por ciento (Ortiz Mena et al., 1953:270).
- [12] La revolucionaria rusa le preguntó si consideraba que la comuna rusa tenía que "ser sacrificada como una causa perdida ante el desarrollo capitalista o podría convertirse en la base de una regeneración de las relaciones comunales adecuadas para las necesidades del mundo moderno" (Maguire, 1984:234).
- [13] "Los hombres tendrán que reaprender algunas de las artes de vivir perdidas con la revolución industrial: cómo llenar los intersticios de sus días con relaciones personales y sociales más ricas, más tranquilas; cómo romper otra vez las barreras entre trabajo y vida" (Thompson, 1989).